

LOS LIBROS ANARQUISTAS



NO SON HERRAMIENTAS

ENCUENTRO DE BIBLIOTECAS ANÁRQUICAS, SÁBADO 13/11/21

LOS LIBROS ANARQUISTAS NO SON HERRAMIENTAS

*“Porthos, el alto, el fuerte..., un poco bruto, no pensó en toda su vida (...) Entonces, una vez, fue necesario que pusiese una bomba en un subterráneo, para hacerlo estallar. Lo hace, coloca la bomba, prende la mecha, luego sale corriendo..., naturalmente. Y corriendo, de golpe, se pone a pensar... ¿En qué piensa? Se pregunta cómo es posible que pueda poner un pie delante del otro. Eso también le ha ocurrido a usted, sin duda, ¿no? Entonces, deja de... correr, de andar; no puede, no puede avanzar más... Todo explota, el subterráneo le cae encima. Lo sostiene con los hombros, es bastante fuerte... Pero finalmente, al cabo de un día, dos días, no sé, es aplastado, muere. En resumen, la primera vez que pensó, murió”.
Vivre Sa Vie (1962)*

Los libros no son útiles, no son servicios, no cumplen funciones, mucho menos son martillos o llaves inglesas para abrir o cerrar ideas. Si bien no nos costaría mucho encontrar literatura intencionada en imponer regímenes, o en deshacerlos, hay una concepción que algunxs anarquistas parecieran tener fuertemente arraigada, que “los libros son herramientas” nos dicen, de hecho no faltan las decenas de portadas y títulos donde esto se vuelve evidente, que “los libros no tienen valor en sí mismos, sino cuando las ideas se materializan” nos repiten, adjuntando a estas premisas la tan difundida idea que “no hay que separar la idea de la acción”.

¿Pero de qué hablamos cuando pensamos en “libros anarquistas”? Y ¿Qué significa unir la idea y la acción? Porque evidentemente no podemos reducir a las mismas categorías a Ursula K. Le Guin, Mijail Bakunin, la revista internacional Kalinov Most o un panfleto encontrado en una marcha con una A dibujada, aunque queramos agruparlos todos bajo el rotulo de “literatura anarquista”. Siguiendo esta línea podemos pensar en la intencionalidad de cada formato, es decir, tanto su formato físico, como las características del lenguaje, ya que no es lo mismo la encuadernación de un libro como “El apoyo mutuo” de Kropotkin, que la impresión rápida de volantes previo a una manifestación, dedicados a un momento y lugar en particular.

Pero para poder pensar finalmente la literatura anarquista, necesitamos primero desprendernos de la idea que esta debería encontrarse íntimamente ligada a la “acción”, ya que de lo contrario anulamos su especificidad, es decir, su profundidad, recorrido, particularidades y potencias.

Nos proponemos por lo tanto esta doble tarea, la de especificar la afirmación en tanto creemos que los libros anarquistas no pueden ser herramientas, y posteriormente pensar en consecuencia, lo que si son, o podrían ser.

Para empezar por el primer punto, encontramos en esta afirmación una lógica utilitaria de las letras con respecto a la lógica militante, que podemos localizar haciendo un rápido recorrido, desde la Revolución Rusa, hasta la Revolución Española, y los partidos político militares de los 70's. Es decir, la afirmación que tanto la literatura como la pintura, el cine o el teatro, deben estar “al servicio de la revolución” (o del partido en la mayoría de los casos).

En esta misma línea un famoso afiche de la España del 36 exclamaba “Los libros anarquistas son armas contra el fascismo”, aunque en el fondo este era parte de la propaganda por parte del sector de la CNT que decidió pactar con republicanos y socialistas para formar un “frente antifascista” que terminó con la militarización de las milicias autónomas de obrerxs y la represión antianarquista. Lo que queremos afirmar, en este caso al menos, es que la visión utilitarista de “los libros anarquistas”, viene impulsada por la lógica de la guerra, pero no la guerra social, sino la de ejércitos formales, la guerra formal, y por las necesidades que esta supuestamente acarrea.

Una de las justificaciones que encontramos en estos casos, es la apelación por la urgencia y el palpable peligro acechante del enemigo al otro lado de la frontera, ¿No sonaría lógico en este contexto que los libros anarquistas debieran estar supeditados a la labor propagandística y al reclutamiento? Si bien esta pregunta puede parecer fuera de lugar desde nuestro presente, puede ayudarnos a pensar estos momentos extremos. En contraposición a este planteo, podemos encontrar una clara diferencia entre lo que fue la literatura y la propaganda anarquista durante la revolución española (1936-1937) y durante la guerra civil (1937-1939), donde en la época de la revolución podemos ver formas de expresión que no se reducían a las lógicas propagandísticas, sino que buscaban desde sus propios ámbitos, pensar, compartir y propagar la libertad revolucionaria, un claro ejemplo de este aspecto fue el “Sindicato de la Industria del Espectáculo Films” (SIE FILMS) encargado de la producción de alrededor de 30 películas entre el 36 y el 37, en donde su contenido no se reducía solamente a la narrativa documental, sino que la mayoría de las obras se encontraban dentro de la ficción, es decir, no se trataba solamente de pensar

el arte para la revolución, sino de la revolución realizando su propia expresión artística.

Trayendo el debate hacia las últimas décadas, lo que resulta alarmante, o al menos llamativo, es que los discursos que intentan reducir la expresión literaria a una herramienta, es decir, a estar al servicio de “el ideal” o de una finalidad mayor cualquiera sea, es que esta conclusión tiene su justificación en la jerarquización de la “acción”, que si antes se encontraba plasmada en las necesidades del partido revolucionario, en la actualidad se reafirma en la sobrevaloración de la acción destructiva o la ofensiva anárquica.

Si bien esta afirmación creemos que es sumamente coherente y una respuesta casi innata a nuestro cotidiano atravesado por la pacificación ciudadanista de la socialdemocracia, las manifestaciones/procesiones repetidas al unisono, y los debates “críticos” propuestos por distintas editoriales y personalidades literarias que son poco más que parafernalias dialécticas evocadas a posicionar la venta de su próximo libro o a justificar la última beca recibida por el CONICET. Pero como hemos estado en esta posición y seguimos reafirmando la acción destructiva frente a la ensordecedora repetición de frases vacías de la democracia, es que también comprendemos que la acción tiene sus propias lógicas, sus propias formas y necesidades, y estas muchas veces no se condicen con las posibilidades de las palabras.

No se le puede pedir a un libro que se transforme en acción, así como la repetición constante de las palabras “fuego” y “pólvora” en nuestras publicaciones no significa que estas puedan efectivamente volverse palpables, y podrían preguntarnos ¿Entonces las letras no pueden funcionar como agitación? Si, pueden serlo, pero cuando estas se encuentran guiadas previamente por lo que “debieran ser”, terminan por volverse una caricatura de sí mismas, cuando la literatura pierde su especificidad nos encontramos con una amalgama de lugares comunes y reafirmaciones individuales que no terminan de superarse a sí mismas. Es acá que se le termina pidiendo a las palabras que sean algo que no son, que sean funcionales, esperando que el hecho de escribir frases como “arma tu grupo de afinidad” genere realmente una reciprocidad en el lector, cuando en realidad esto debería ser tarea primordial de la comunicación directa, de la generación de espacios de encuentro y de la profundización de ideas, y en todo caso, la reflexión literaria

podría pensar los por qué de estos grupos, las características sociales y políticas en las que están atravesados, las formas en las cuales podrían funcionar, etc. etc.

Siguiendo esta visión crítica y comparativa, podemos volver al pasado y pensar en los periódicos anarquistas “clásicos”, que ordenamos entre 1898 y 1930 en Buenos Aires, donde los géneros y las temáticas literarias iban desde artículos propagandísticos y panfletarios, hasta obras de teatro, canciones, extractos de cuentos y novelas, e incluso artículos sobre filosofía, historia o astronomía por solo poner algunos ejemplos. Estas características, propias de las distintas tendencias, nos muestran claramente la visión integral del proyecto anarquista, en donde la labor de agitación conformaba solo una pequeña parte de las mismas, y al mismo tiempo, ver que aquellas que perduraron en el tiempo fueron las que encontraban su potencia en la reflexión, en la propia búsqueda literaria, independientemente del género en el que se ubiquen, y evitando la repetición jesuítica del anarquismo.

Otra de las insinuaciones que encontramos comúnmente a la hora de escuchar críticas provenientes de la falsa dicotomía entre “escribir” y “hacer”, es pensar que la literatura significa en si misma una especie de placer pequeño burgués, una lógica claramente influenciada por el marxismo-leninismo y su famosa crítica a la “Enfermedad infantil del izquierdismo” en la que se afirmaba: *“El pequeño burgués «enfurecido» por los horrores del capitalismo es, como el anarquismo, un fenómeno social propio de todos los países capitalistas. Son notorias la inconstancia de este revolucionarismo, su esterilidad y la facilidad con que se transforma rápidamente en sumisión, en apatía, en fantasía, incluso en un entusiasmo «furioso» por tal o cual corriente burguesa «de moda»”*. Así vemos como lamentablemente se termina replicando las ideas conservadoras del nefasto leninismo en las concepciones anárquicas, invisibilizando que nuestra concepción de libertad trasciende y se enfrenta directamente a la visión clasista y partidaria del bolchevismo.

Si el anarquismo nos impide el sentarnos a observar el movimiento de los astros, a escribir sobre nuestra sexualidad, a pensar las características de la música o la naturaleza humana, si no está dedicado a destruir y reconstruir este mundo y llegar hasta las propias concepciones de la existencia, de las letras,

del teatro o el cine, este se vuelve solo una autoafirmación que no deja de mirarse el ombligo por miedo a lo que hay detrás del esquema ideológico.

Así podríamos preguntarnos ¿Puede un libro ser anarquista? Incluso si este repitiera “viva la anarquía” en todas sus páginas, ¿Y si lo escribiera alguien que no se reafirma como tal? ¿Qué es lo que hace anarquista a un libro finalmente?

Lo que reúne históricamente el carácter ideológico de nuestra literatura, mucho más que una línea específica o una referencialidad de tipo representativo, es la práctica editorial, bibliotecaria y difusiva que han hecho lxs propixs compañerxs a lo largo de la historia, ¿Cómo podríamos sino agrupar a Henry Thoreau o Leon Tolstoi, con Alfredo Bonnano o las Angry Brigade? Es decir, el carácter que se le dio y le continuamos dando a nuestra literatura, no tiene que ver solo con los libros en sí, ni siquiera específicamente con la intención de sus autorxs, sino con la labor propagandística, la recepción y el valor que lxs compañerxs le han dado necesariamente a posteriori.

Esta labor esencial que tantxs han llevado a cabo en en los últimos 150 años, tiene por lo tanto sus particularidades, no reduciéndose solo a la catalogación, sino a una interesante variedad de preguntas y desafíos que estas pueden generar. En este sentido nos preguntábamos por ejemplo si un libro puede ser reducido a una ideología, y si bien esta respuesta puede ser más “fácil” dentro de espacios doctrinarios, entre nuestros círculos adquiere una categoría relevante acerca de la posible concepción anárquica en el presente y la tensión siempre latente entre la proyección revolucionaria y las bases éticas del anarquismo. Por ejemplo, si pensamos en literatura anarquista, primero podemos observar características externas, por ejemplo, la negación de la propiedad intelectual, del ISBN, o de la cooperación con editoriales estatales o multinacionales, pero estas características se resumen en las formas, ya que muchas editoriales pueden entrar en estas categorías y al mismo tiempo no tener nada que ver con nuestras intenciones, por lo que en segundo término nos toca pensar la literatura anarquista en sí misma, y acá podría estar el verdadero desafío, si bien hay algunas categorías que son fácilmente “clasificables”, como en el cine puede ser un documental, en literatura podrían estar las tantas publicaciones que se reafirman como tales y tienen como intención general propagar la anarquía, pero en el caso de Rafael Barret, de Ursula K L Guin, de

Manuel Rojas o de tantxs compañerxs que escriben poesía escapando de los clichés anárquicos, ¿Tiene sentido pensarlx desde una visión ideológica?

Tal vez tanto la pregunta cómo sus respuestas sean mucho más extensas, tal vez sea necesario adentrarnos en los distintos géneros literarios para poder comprender la forma en la que la poesía, la prosa, el ensayo social o científico pueden ser encolumnados o abrazados bajo un rotulo específicamente ideológico, una tarea que este pequeño esbozo no puede llevar a cabo, sino que intenta acercar algunas de estas inquietudes.

Así llegamos finalmente a preguntarnos, ¿Puede la literatura “ser útil” para la revolución? Y si bien esta fue históricamente utilizada de esta forma, basta recordar desde el cuaderno rojo de Mao hasta la biblia, sería absurdo pensar que la acción misma de escribir y de leer pueda ser responsable de las acciones bajo las que fueron justificadas posteriormente, porque la escritura es un acto puramente reflexivo, en el que la libertad se experimenta tanto frente al vacío de la hoja en blanco, como en la respuesta reflejada con la que se encuentra le escritorx, la libertad en las letras está en la conquista de la nada que nos separa del mundo, está en la posibilidad de relación entre nuestra existencia y la materialidad fuera de ella, relación que puede ser comprensiva, descriptiva, o irracional, sonora y hasta caótica.

Estamos de acuerdo en que no puede haber acción revolucionaria sin teoría revolucionaria, pero también afirmamos que ninguna de las dos puede estar a la orden de la otra, tan ingenuo es pedirle a los libros que inciten revueltas, como exigirle a un artefacto explosivo que nos hable de la libertad, por más poética que queramos incorporarle.

NI ANARQUISMO LITERARIO

NI LITERATURA UTILITARIA

POR LA DESTRUCCIÓN DE TODA AUTORIDAD.

"Se dirá, sin duda, que todos los útiles se dirigen a nuestra libertad, ya que son los instrumentos de una acción posible y que, en esto, la obra de arte no es específica. Y es verdad que el útil es el esbozo condensado de una operación. Pero se mantiene en el nivel de lo imperativo hipotético: puedo utilizar un martillo para clavar una caja o para romper la cabeza de mi vecino. Considerado en sí mismo, un útil no es un requerimiento a mi libertad, no me coloca delante de ella, sino que trata más bien de servirla reemplazando la invención libre de los medios por una sucesión ordenada de conductas tradicionales.

El libro no sirve a mi libertad: la requiere. No cabría, en efecto, dirigirse a una libertad como tal por la presión, la fascinación o la súplica. Para llegar a ella, no hay más que un procedimiento: reconocerla en primer lugar y confiar en ella después; en fin, exigirle un acto en nombre de ella misma, es decir, en nombre de la confianza que se le otorga. De este modo, el libro no es, como el útil, un medio que tenga presente un fin cualquiera; el libro se propone como fin la libertad del lector."

